



Cuaresma: tiempo de conversión

El miércoles pasado, Miércoles de Ceniza, comenzamos el tiempo de cuaresma. En la primera lectura de la Eucaristía de ese día, el profeta Joel nos decía: “rasgad vuestros corazones, no vuestros vestidos”. Con estas penetrantes palabras del profeta Joel, la liturgia nos introducía en la cuaresma, tiempo de preparación de las fiestas de Pascua, indicando en la conversión del corazón las características de este tiempo de gracia. El llamamiento profético constituye un desafío para todos nosotros sin exclusión, y no recuerda que la conversión no se reduce a formas exteriores o vagos propósitos, sino que implica y transforma toda la existencia a partir del centro de la persona, desde la conciencia.

El Papa León, en su mensaje para la Cuaresma, nos invita poner de nuevo el misterio de Dios en el centro de nuestra vida, para que nuestra fe recobre su impulso y el corazón no se disperse entre las inquietudes y distracciones. Estamos invitados a emprender un camino en el cual, desafiando la rutina, nos esforcemos por abrir los ojos y los oídos, pero sobre todo abrir el corazón, abrirse a Dios y a los hermanos. San Juan Pablo II nos recordaba que la conversión a Dios consiste siempre en descubrir su misericordia, es decir, ese amor que es paciente y benigno a medida del Creador y Padre, el amor al que Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo, es fiel hasta las últimas consecuencias en la historia de la alianza con el hombre, hasta la cruz, hasta la muerte y resurrección de su Hijo. La conversión a Dios es siempre fruto del reencuentro de este Padre rico en misericordia.

El Evangelio del Miércoles de Ceniza nos indicaba los elementos del camino espiritual de la cuaresma, la oración, el ayuno y la limosna. Jesús pone de relieve una tentación común a estas tres obras que se puede resumir precisamente en la hipocresía, la nombra tres veces: “Cuidad de no practicar vuestra justicia delante de los hombres para ser vistos por ellos. Cuando hagás limosna no vayas tocando la trompeta por delante como hacen los hipócritas. Cuando recéis, no seáis como los hipócritas a quienes les gusta rezar de pie para que los vea la gente. Y cuando ayunéis, no pongáis cara triste como los hipócritas”.

La voz recia de Jesucristo nos despierta y llama a todos a una religión sincera, la cual es más tiempo de oración, de una oración más intensa, más prolongada, más asidua, más capaz de hacerse cargo de las necesidades de los hermanos. Oración de intercesión para interceder ante Dios por tantas situaciones de pobreza y sufrimiento.

El segundo elemento significativo del camino coros mal es el ayuno. Debemos estar atentos a no practicar un ayuno formal o que en verdad nos sacie porque nos hace sentir satisfechos. Para que el ayuno conserve su verdad evangélica y evite la tentación de enorgullecer el corazón, nos dice el Papa en su mensaje, debe vivirse siempre con fe y humildad. Exige permanecer arraigado en la comunión con el Señor, porque no hay una de verdad quien no sabe alimentarse de la Palabra de Dios. El Papa nos invita a una forma de abstinencia muy concreta y a menudo poco apreciada, es decir, la de abstenerse y utilizar las palabras que afectan y lastiman a nuestro prójimo.

“Empecemos a desarmar el lenguaje, renunciando a las palabras hirientes, al juicio inmediato, a hablar mal de quienes están ausentes y no pueden defenderse, a las calumnias. Esforcémonos, en cambio, por aprender a medir las palabras y a cultivar la amabilidad. Entonces, muchas palabras de odio darán paso a palabras de esperanza y de paz”. Ayunar nos ayuda, hermanos, a entrar en el corazón de la esencialidad y en el compartir. Es un signo de toma de conciencia y de responsabilidad ante las injusticias y los atropellos, especialmente respecto a los pequeños, y es signo de la confianza que ponemos en Dios y en su providencia.

El tercer elemento es la limosna. Ella indica la gratuidad, porque en la limosna se da alguien de quien no se espera recibir algo a cambio. La gratuidad debería ser una de las características del cristiano, que, consciente de haber recibido todo de Dios gratuitamente, es decir, sin mérito alguno, aprende a donar a los demás gratuitamente. La gran afirmación inicial de la cuaresma es que no somos lo que hacemos, no somos trabajo, no somos pura ocupación, no somos máquinas, no somos apariencias, somos personas que necesitamos cimientos firmes, base sólida. Si no tenemos cimiento, somos como la ceniza que el viento lleva y maneja su capricho. Nuestro definitivo cimiento, la roca donde podemos descansar, es Dios. Todo lo demás se mueve, se tambalea, cae. Por eso preguntémonos sobre qué cimientos estamos construyendo.

Que de la mano de María caminemos hacia la Pascua con toda la fuerza y alegría que quepa en nuestro corazón.

+ Jesús Rico, obispo de Ávila